

DON JOSE ALVAREZ DE TOLEDO.

Por José Manuel de Ximeno.

I
EN la relación extensa de los movimientos políticos cubanos dirigidos a romper con España, ocupan sitio inmediato al fracasado golpe de don Ramón de la Luz la noche del 4 de octubre de 1810, las actividades de don José Alvarez de Toledo, autor del "Manifiesto o Satisfacción Pundonorosa a todos los buenos españoles, y a todos los pueblos de América", impreso en Filadelfia en 1811. Al mes de escrita esta proclama, y cuando aun no la conocían en La Habana, Someruelos prohibió que circulase en febrero de 1812, su autor buscaba el concurso de Monroe.

En el Manifiesto de 1811 Toledo señalaba que el régimen federal era el indicado para organizar hispano-américa al independizarse de España, y en 1813 proyectaba la Confederación Antillana constituida por Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico; esta variante ocurrida después del fracaso y prisión de Miranda, puede representar una mayor influencia de la Cancillería Americana en las ideas de Toledo; o mas propiamente, y como parece que se inclina a creer el Dr. Portell Vilá, la manifestación esbozada de la tendencia anexionista que en Cuba, y como consecuencia de "El Embargo", tenía partidarios en las clases solventes de la isla.

Para conocer a Toledo el investigador cubano cuenta con dos fuentes de información importantes, los trabajos de Trelles y de Lockey. Trelles recordó los olvidados cabildeos separatistas de Toledo reuniendo documentación copiosa sobre sus actividades americanas. Lockey trajo noticias inéditas sobre este personaje; pero al especular sobre el alcance de los primeros trabajos de Toledo se equivocó calificándole de agente secreto del Rey de España. Ahora bien, ni Trelles ni Lockey analizaron el cuadro político de entonces con lo que estas dos notables monografías tendieron sombras tupidas sobre un individuo que era bastante turbio en sus manejos. Trelles, que miraba solo a Cuba, colocó, certeramente, a Toledo entre los precursores de la independen-

cia de la isla; y Lockey, ocupado en los problemas norteamericanos, dejó sin atar ciertos cabos. Para comprender a Toledo es necesario conocer las intrigas de las Cortes de Cádiz, los viejos proyectos de Miranda, las propagandas de Desmolland, y la situación especialísima creada en América con el cambio violento de Borbones por Bonapartes en el trono de los Reyes Católicos. Si se repasan todos estos aspectos se explican las variantes de la conducta de Toledo, partidario de Miranda primero, luego anexionista quizás, y por último defensor acérrimo de Fernando VII. En sus comienzos no fué ni mensajero secreto ni agente provocador. Toledo era un oportunista aprovechado, tuvo las ambiciones desmedidas de muchos de los hombres de su tiempo; pero demasiado sensible a los halagos del dinero, flaqueaba ante el sacrificio y la miseria.

Decía el historiador Oliveira Lima que "en 1808 se abre una época llena de cosas desconocidas", y quien no recuerde esta advertencia prudente e intente interpretar personajes y acontecimientos sustrayéndolos de las grandes intrigas de entonces, es muy probable que no acierte; porque en esos años las ocurrencias de las colonias hispanas, de los Estados Unidos, de Inglaterra y de España estaban muy ligadas.

Desde años atrás el Conde de Aranda previó que el imperio americano podía escaparse, desde tiempo atrás eran conocidos los trabajos de Miranda que contaba con el apoyo inglés, y Hamilton orientaba la política de los Estados Unidos en el sentido de sustituir a Cádiz en el comercio de las Indias. Todos estos intereses dirigían los acontecimientos que hicieron crisis cuando Napoleón invadió la Península; entonces los planes de Aranda se esbozaron, tímidamente, en los proyectos de las Audiencias de Caracas y Quito, y por la separación trabajaron muchos de los diputados americanos residentes en Cádiz.

II

POR carrera y familia pertenecía don José Alvarez de Toledo a las clases acomodadas de Cuba donde su padre, Capitán de Navío de la Real Armada, residía desde años atrás; de manera que cuando invita-

ba a los cubanos a luchar por la independencia conocía el ambiente político de La Habana, y sus paisanos no debieron de mirarle como un aventurero más entre los muchos cuyas ambiciones giraban en torno de la opulenta América. Existe, pues, una relación perfecta entre el actor y el medio, y como aparecen vestigios de inteligencia con la misión que lo trajo a los Estados Unidos, el "Manifiesto de 1811" y la "Confederación" de 1813, cualesquiera que fueren las miras de esta última, corresponden a la primera etapa del separatismo cubano. Bien entendido, desde luego, que Toledo fué simple ejecutor de planes elaborados por otros, primero cumpliendo instrucciones de diputados reunidos en la isla de León, y después, cuando hablaba de Confederación Antillana, la figura de Monroe coloreaba sus palabras de cierto matiz sospechoso de anexionismo.

La carta publicada en "El Lince" de La Habana de 19 de mayo de 1811 oponiéndose a que declarasen con derecho a suceder en el trono de España a la Infanta Carlota Joaquina para darle la Regencia, y el "Manifiesto" de 1811, caen dentro de las propagandas de Miranda favorecidas por los ingleses. La Confederación Antillana se proyectó en 1813, ya vencido y preso Miranda, cuando los Estados Unidos estaban en lucha con Inglaterra, por lo que la planeada reunión de las Antillas Mayores en un solo estado representaba valladar sólido a cualquiera iniciativa inglesa tendente a dominar el Golfo de México, y favorecía, en cambio, los planes de Hamilton sobre comercio americano.

Don José Alvarez de Toledo tuvo la fortuna de que sus repetidos cambios de frente no comprometieran la buena reputación que gozaba entre sus contemporáneos. Hay pruebas numerosas de talento, arrojo, decisión y energía en la vida de este hombre carente de firmeza en sus convicciones; cuando Toledo oficiaba de libertador no pensaba más que en Toledo, esperanzado con labrarse un porvenir espléndido en el prometedor continente americano.

Es interesante seguir el curso de la existencia de este habanero distinguido por lo que tiene de novelesco, marino, guerrillero, prófugo, conspirador, insurgente, espía, diplomático y, por su mujer, tío de la bellísima Condesa

de Montijo, luego Emperatriz de los franceses. Entre su nacimiento, el 14 de mayo de 1779, y su muerte ocurrida en París el 16 de abril de 1858, vivió numerosas aventuras militando en los campos más opuestos, sin que las frecuentes veleidades de un temperamento tan acomodaticio como ligero, nublaste la estrella clarísima que guió su carrera brillante.

III

LOS acontecimientos de Bayona sorprendieron al Alférez de Navío don José Alvarez de Toledo destacado en El Ferrol, donde venció las resistencias del Conde de Cartaojal para proclamar a Fernando VII, Rey de las Españas. Después, y en unión del Duque del Infantado, del Marqués de Villafranca y del cura de Valcarló quiso libertar al monarca. Incorporado al Ejército de Galicia ganó el ascenso a Teniente de Fragata, y la estimación de los ingleses cuyo jefe, el Almirante Beckerly, le distinguía con particulares atenciones.

Fatigado de las luchas e incidentes de una guerra muy movida, y acusado de poco cuidadoso en el manejo de los fondos que estaban a su cuidado, pidió y obtuvo licencia para reponer en Cádiz la salud quebrantada. Este permiso puso fin a la carrera de Toledo como marino español. Hasta aquí defendió a Fernando "el bien Amado", poco tiempo más tarde, y fanático ya de la independencia de América, llamaría a los americanos leales al Rey, "esclavos viles de Fernando".

Llegó a Cádiz en momentos en que iban a reunirse las Cortes. Es curioso que Toledo, bien relacionado en España, buscara la sociedad de sus paisanos, y lo que es más significativo, que después de estar ausente del nativo suelo durante muchos años, se sintiera más americano que español. En esta explosión de patriotismo tardó hay algo sospechoso. En 1808 las necesidades del servicio le llevaron durante breve tiempo a Inglaterra, declarando en el "Manifiesto" que en Londres le brindaron la oportunidad de ingresar en la Marina de Guerra, ofrecimiento que rechazó indignado por conocer las miras inglesas sobre la América. Esta explicación no despertaría sospechas si no hubiese dicho en la "Justificación" de 1816, "La Inglaterra parecía aplaudir llena de gozo a estos briosos esfuerzos, y nos hacen confiar en su apoyo para ayudarnos a erigir y consolidar el edificio grandioso de nuestra independen-

1000204

M

cia", afirmando que oyó "de boca de algunos de sus agentes estas promesas lisongeras, acompañado del lenguaje más propio a estimular mi celo y el de todos los que siguiesen mis huellas, pintando como infalible el triunfo de nuestra causa, no sólo por la importancia del gobierno español, sino también por el empeño simultáneo de las dos Naciones, que debiéramos considerar como las únicas de que dependían los destinos de América". El carácter voluble de Toledo olvidaba la dignidad con que rechazó el ofrecimiento de 1808. Además, es absurdo admitir que en 1811, y sobre todo en 1813, existiera inteligencia entre Washington y Londres con respecto a Cuba primero, y para favorecer, más tarde, el establecimiento de la Confederación Antillana.

Inglaterra apoyó siempre los proyectos de Miranda, y si en tiempos de alianza con España suspendió la ayuda material que quería prestarle nuevamente, nunca se opuso a estos trabajos. Miranda, pese a sus diferencias con Wellington no cejaba ganando para su causa la mayoría de los diputados americanos reunidos en Cádiz, excepto tres mexicanos. Desde 1808 Toledo conocía las miras de Londres sobre el imperio colonial de España, y las relaciones que mantuvo con el Precursor quedó establecido por una carta de Don Luis López Méndez, ocupado por la Regencia, y al margen de la cual escribió don Diego Clemencín: "De la fuga de don José de Toledo nadie duda. La causa se cree generalmente fué la remisión hecha a la isla de Santo Domingo de algunos documentos según los cuales, lejos de cumplir sus juramentos y de contribuir a estrechar los lazos de la provincia que representaba con el resto de la Monarquía, había dado pasos para disolverlos. La suavidad excesiva con que se dieron los primeros pasos para instruir el expediente, advirtió a Toledo de todos sus peligros y le dió tiempo y medios para evitarlo. Toledo se evadió con todas las apariencias de un criminal que huye de la cuerda que merece".

Toledo formó en las filas americanas, porque en apariencia la fortuna sonreía a España, y reunido con sus paisanos en el secreto de las tenidas jugaba casi con los triunfos en la mano; si ganaba el Emperador quedaba la América cuya causa serviría sin riesgos mayores no solo por dominar Inglaterra los mares sino porque Napoleón tenía política propia con respecto a las Indias, independiente de la que intentaban desenvolver los consejeros del Rey José; y si la partida que-

daba por Fernando VII podría llegar hasta el Monarca con los méritos indiscutibles de un vasallo fiel, acreditado por sus distinguidos servicios militares, y por las negociaciones con la casa Lalman y Compañía de Bayona; pero el hombre propone y Dios dispone.

El panorama político de Cádiz en 1810 era bastante confuso, diputados y regentes chocaban con frecuencia; americanos y filipinos frente a los peninsulares, y todos protestando de los procedimientos arbitrarios y despóticos de la Regencia. La igualdad de derechos concedida por la Junta Central no querían reconocerla, agravando hondamente a los de Ultramar con este empeño de mantener un estado político insostenible por la injuria que representaba, por lo que se encerraron a conspirar en el secreto de las Logias.

A la sazón vivía en Cádiz el Duque de Orleans, antiguo huésped del Marqués de San Felipe y Santiago en su palacio del Bejucal, y en torno al Príncipe se reunieron americanos y filipinos; esta amistad representaba un peligro para los españoles que veían en sociedad semejante una amenaza para la integridad de la nación. Aterrorizados por la idea que el de Orleans aprovechara y encauzase las emulaciones existentes, le embarcaron para Nápoles con todos los honores inherentes a su rango. Toledo niega que existiese inteligencia entre el Duque y los descontentos; pero es muy probable que la Regencia tuviese razón en evitar la compañía del Príncipe no sólo por las dudas de los americanos sobre la fidelidad que debían al Gobierno establecido en Cádiz, sino también por el carácter escurrizado de Luis Felipe, de quien decía Chateaubriand que era el mayor intrigante de la época.

En América la fidelidad al Gobierno de Cádiz se discutió mucho. En más de una oportunidad coincidieron los criollos con las autoridades respecto a que desaparecido el Rey Borbón, faltaba la unión legal entre las Indias y la Península. El problema se discutió ampliamente, y algunas audiencias mantuvieron el criterio de que al abandonar Fernando el trono quedaban las Indias separadas del resto de la Monarquía. Las de Quito y Caracas se pronunciaron por reunir Cortes Generales de América para que libremente designasen Regente a la Infanta Carlota Joaquina o a su hermano Don Pedro; y como entre la convocatoria y la decisión de la Asamblea mediarían algunos años, indicaron que las distintas regiones de Ultramar quedasen gobernadas por juntas organizadas con este objeto.

AVDON... 205VIT

Cuba no fué indiferente ni ajena a este movimiento, y aunque la opinión de los Oidores del Príncipe se desconoce, hay noticias de los insultos que les dirigía el Presbítero Espinosa, encerrado por Someruelos en el Morro de donde escapó a Jamaica para seguir allí en sus campañas. A este período corresponde la constitución autonómica que el Presbítero Caballero entregó a don Andrés de Jauregui. No hay datos sobre la suerte que corrió en manos del diputado habanero este proyecto; pero sí se sabe que la intransigencia española depuso a Jauregui de la Presidencia de las Cortes a poco de elegido; "chuleado", dice su opositor Gómez Reubaud.

Los diputados americanos se acercaron al Padre Blanco White, residente en Londres, que les dió la razón en sus demandas, valiéndole esta opinión el odio de los españoles, y las sospechas de las autoridades de América que prohibieron la circulación de su periódico. En Cuba lo hizo Someruelos, y en los diarios de La Habana aparecieron artículos lamentándose de ver a un hombre del talento de White defendiendo una causa mala.

Todos estos antecedentes y la amistad de Monroe indican que el poder cedido a Toledo por los diputados americanos era legítimo.

Con el carácter de mandatario de los diputados americanos llegó Toledo a los Estados Unidos, y si en los comienzos de sus gestiones le creyó Onís agente de la nueva dinastía era porque el diplomático español se imaginaba a Desmolland agente del Rey José cuando en realidad lo era del Emperador Napoleón cuya política americana se inspiraba en la separación de las Indias de la monarquía española. Desmolland aseguraba que existía inteligencia con los norteamericanos sobre el futuro de las colonias españolas; ¿qué hay de sospechoso, pues, en que Toledo le trate cuando la misión de los dos conducía al mismo fin?

Colocado en el plano de insurgente dió a la imprenta el "Manifiesto" de octubre de 1811, que hizo llegar a Cuba en marzo de 1812, originando que el Capitán General advirtiese que estaba prohibida su circulación; las autoridades españolas ocuparon muchos ejemplares en un barco que procedente de los Estados Unidos entró, en el puerto de La Habana el 14 de marzo.

Se ignora, todavía, quienes fueron los agentes de Toledo en Cuba; uno de ellos pudo ser don José del Casti-

llo y Pérez de Abreu, deudo próximo del Marqués de San Felipe y Santiago, diputado en Cádiz; Castillo escribía en "El Patriota Americano", donde apareció el discurso de Toledo pidiendo que la nueva constitución reconociera la igualdad de derechos concedida por la Junta Central. Un antecedente más en favor de la hipótesis de que Castillo y Toledo mantuvieron relaciones es la influencia, bien visible, del Abate Marchena en los escritos de esta publicación. El introductor y propagandista de las ideas del Abate en América fué Picornell, íntimo y segundo de Toledo. Picornell, antiguo revolucionario en Caracas y refugiado en Nueva Orleans, era "un mallorquín, maestro de escuela, autor de varios libros pedagógicos y padre de un niño que fué famoso en su tiempo como portento de precocidad", según dice don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Si en Cuba, los planes de Toledo encontraron colaboradores es punto desconocido hoy; pero no ofrece dudas que el panorama político de la isla era idéntico al del resto de la América Española. En el poder que dieron los diputados a Toledo aparecen los cubanos entre los firmantes, y como no se han encontrado las instrucciones que recibió cuando lo nombraron general, solo se sabe que trajo la misión de formar un ejército para operar en el Norte de México, y establecer allí gobierno propio. Es posible que el paso inmediato fuere la liberación de las Antillas Mayores.

Vencido por el General Arredondo en la batalla del Encinar de Medina, no tuvo éxito en la organización de nuevas expediciones, acercándose a los franceses que planeaban dar el trono de México a José Bonaparte y a su hermano Luciano el del Perú; pero de este lado había muchos generales, y buscó entonces la protección de don Luis de Onís, representante de España en los Estados Unidos, que interesó el apoyo de Pizarro en favor del insurgente derrotado. Le indultaron por Real Orden de 26 de febrero de 1817. Para dar publicidad al perdón concedido el Diario del Gobierno de La Habana de 8 de agosto de 1817, publicaba la comunicación de Pizarro al Capitán General, que dice así: "Exmo. Sor.: D. José Alvarez de Toledo ha hecho presente al Rey que desde el momento en que su padre D. Luis Alvarez de Toledo, capitán retirado y vecino de La Habana, supo su determinación del año 1811, le abandonó enteramente a su suerte, no le contó en el número de sus hijos y que por lo mismo le dejó

... de los ... en ...

... de ...

DOCUMENTAL

M

5

0000207

IV INSTIT. ORGANIZADOBY BHOALSIOMVT



de remitir la asistencia y alimentos que antes le daba, y que cree que aún ha llegado el caso de tenerlo desheredado, y pide que respecto a que S. M. se ha dignado perdonar los extravíos de su conducta pasada, se haga saber por medio de V. E. que el citado D. José Alvarez de Toledo está reconciliado con el gobierno legítimo, habiéndose dignado S. M. indultarle por Real Orden de 26 de febrero último de sus errores pasados y que por tanto no deben estos perjudicarles ni en el amor paternal ni en los intereses que le puedan corresponder".

Pizarro le llamó la Madrid para utilizarle como consejero en los problemas americanos, pues a la sazón eran muy tirantes las relaciones con los Estados Unidos. Toledo estimaba que las colonias estarían garantizadas, si sobre ellas se despertaban las ambiciones de algunas potencias europeas que contrarrestaran las influencias de Inglaterra y los Estados Unidos. Agradó la idea a Pizarro, y con el carácter de agente secreto envió a Toledo a Viena, en los días del Congreso, con la misión de ofrecer la corona de México al Gran Duque Constantino, hermano del Zar; pero como el Marqués de Labrador, plenipotenciario español, era hombre de inteligencia escasa y de vanidad inmensa, no pudo comprender esta intriga, demasiado sutil para sus cortas luces, y Toledo no fué recibido por el Zar. Para Labrador seguía siendo el mismo "insurgente" de pocos años atrás. La Habana, 8 de mayo de 1944.

*Libertad
Mayo 14/44*

de remitir la asistencia y alimentos que antes le daba, y que cree que aún ha llegado el caso de tenerlo desheredado, y pide que respecto a que S. M. se ha dignado perdonar los extravíos de su conducta pasada, se haga saber por medio de V. E. que el citado D. José Alvarez de Toledo está reconciliado con el gobierno legítimo, habiéndose dignado S. M. indultarle por Real Orden de 26 de febrero último de sus errores pasados y que por tanto no deben estos perjudicarles ni en el amor paternal ni en los intereses que le puedan corresponder".

ACADEMIA DE CIENCIAS DE CUBA
INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES
PATRIMONIO DOCUMENTAL